

LA CATEDRAL DE PALENCIA.

Tesoro inagotable de riquezas artísticas, de admirables monumentos, es nuestro país. Llevamos algunos años dando á conocer las construcciones antiguas, perpetuando su recuerdo, sus copias, sus proporciones, para sorpresa de los siglos venideros, que dudarán tal vez de su existencia y los considerarán acaso como un sueño maravilloso de alguna imaginación poética; y cuando pudiera creerse agotada la materia, nos hallamos en la misma duda que al principio, sobre cual merece la preferencia de tantos y tan célebres, interesantes ó curiosos monumentos como reclaman nuestra atención, si hemos de continuar recorriendo la serie inmensa de los que contiene nuestra patria.

Dos jóvenes acaban de salir á recorrer algunas provincias con encargo de copiar del natural vistas importantes y tomar noticias para el SEMANARIO, y apenas dan principio á su viaje artístico, cuando tropiezan sin cesar, con mil bellezas del arte y de la naturaleza con que enriquecer su cartera. En los puntos mismos, de los cuales se ha dicho más en estos últimos años, encuéntranse infinitos objetos que piden imperiosamente un lugar en nuestras columnas; júzquese cuanta materia ofrecerán provincias enteras, que aun no han sido visitadas con la mira esclusiva de estudiar sus monumentos y sus curiosidades.

Dediquemos hoy algunas líneas á la catedral de Palencia.

Comenzó su construcción á mediados del siglo XIV, y terminó en el XVII; pertenece á ese género de arquitectura

que también se acomoda á los templos cristianos; al que generalmente se apellida gótico. Es esta catedral una de las mayores y más hermosas de España, ocupa un vasto terreno, y su fachada principal hace frente á una espaciosa plaza que permite lucir la elevación y ornamentos del pórtico del edificio.

Entre las cosas más notables que al viajero se enseñan en el interior, cuéntase el bellissimo sepulcro que fielmente reproduce nuestro grabado, y en cuya parte superior se lee la siguiente inscripción que nos ahorra todo género de esplicaciones:

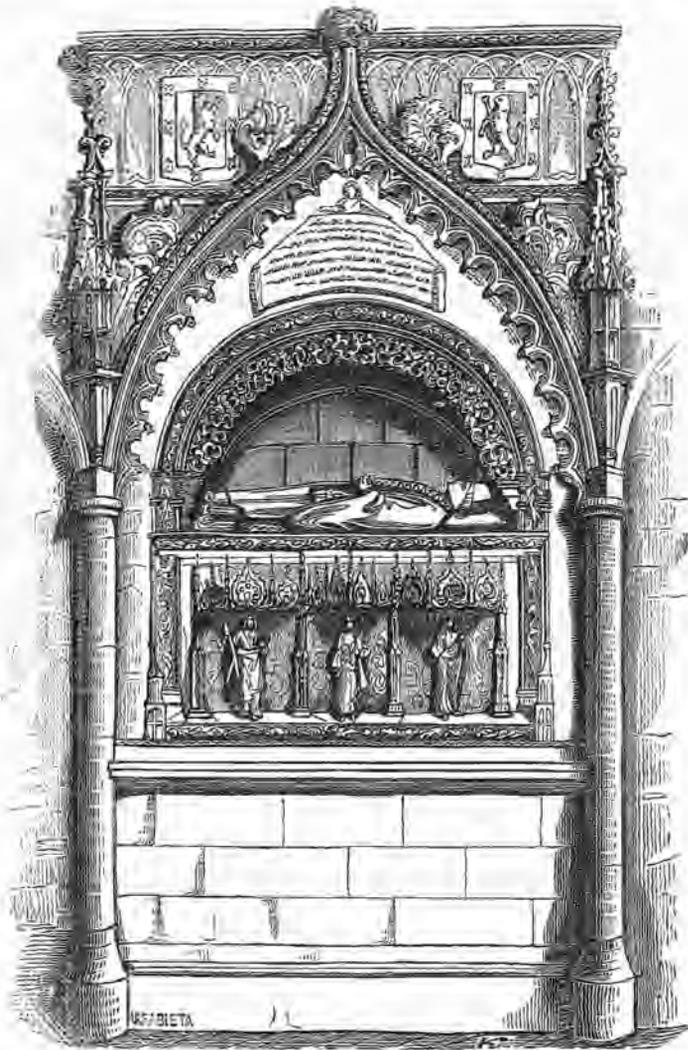
FRANCISCUS NUNNIEZ DOCTOR JURIS UTRISQUE ABBAS DE  
HESILLOS HIC UNUS CANONICORUM: CONSILIARIUS AUTEM REG.  
UNQUAM REVERENDUS CONDITUR HOC TUMULO: SED VITA GAUDET  
UTRAQUE. ORBIT NONIS MARTII ANNO DOMINI MILL. QUINQ. PRIMO.

Que puesta en castellano dice:

Francisco Nuñez, Doctor en ambos derechos, Abad de Usillos, uno de los canónigos de esta Iglesia, y en algún tiempo reverendo consejero del Rey, está reservado en este sepulcro; pero goza de una y otra vida. Murió á 7 de marzo de 1501.

Otra de las curiosidades hácia las cuales se llama la atención del forastero, es la cueva donde dicen que habitó San Antolín, que se halla situada detrás del coro. El cuer-

po de este santo se custodia tambien con particular veneracion. El cabildo se compone de un obispo, trece dignidades, cuarenta y cinco canónigos, veinte y un racioneros y el suficiente número de capellanes.



## LA TUMBA DE PELAYO.

« La estructura de este santo lugar  
no se puede dar á entender bien del  
tudo sin palabras.»

(ANÓNIMO DE MORATES, *Paje Santo*.)

Hay en nuestro país un lugar sagrado, en que está escrita la mas bella página de su historia, que representa sus mas esclarecidas glorias, y que guarda un rico tesoro de recuerdos y grandezas.... ¿Cuál español no ha oído hablar de Pelayo y Covadonga?... Todos desde nuestros primeros años aprendimos á repetir con lágrimas de entusiasmo estos célebres nombres, que siempre van unidos, pues el primero es el del noble restaurador de la libertad é independencia de nuestra patria, y el otro el del romántico teatro de su primera y memorable hazaña, porque el honor y la gloria sobreviven á todo lo que pasa sobre la tierra.

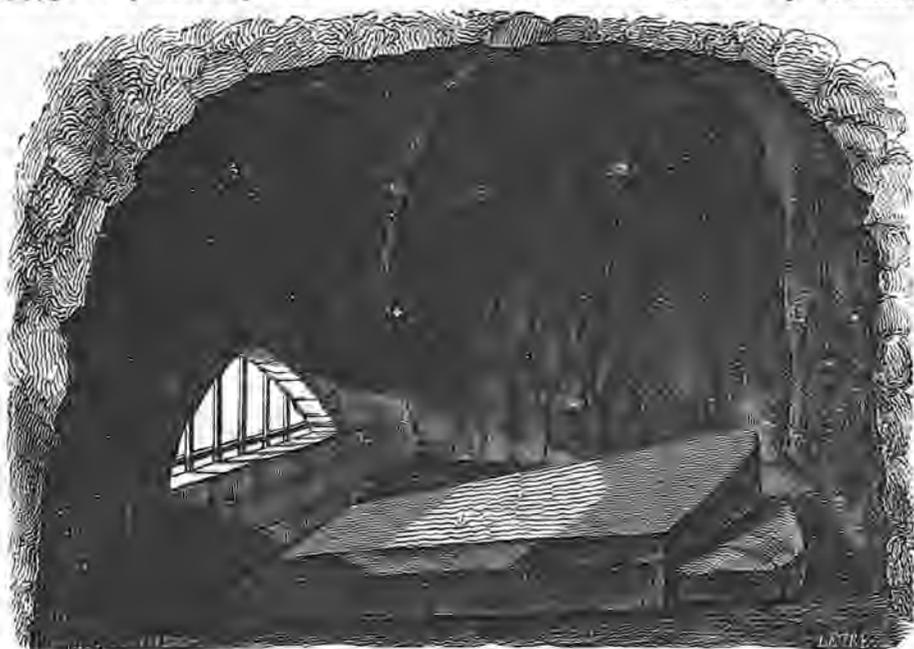
Costumbre fué de todos los pueblos primitivos ó jóvenes, salvajes ó civilizados, consagrar con suntuosos monumentos la memoria de sus grandes hombres: solamente España mira descuidada, y con desden su antigua y rica corona de laureles, y olvida con frecuencia hasta el nombre de sus héroes, siendo necesario, las mas veces, que una pluma extranjera los trace en el gran libro de la historia. Quien creyera encontrar, cual era justo esperar, algun templo magnífico, algun lucillo grandioso ornado profusamente con trofeos é inscripciones sobre los venerandos restos de Pelayo, veria tristemente desecha su patriótica ilusion. Ningun rey de España dedicó una memoria digna de la gran nacion que acaudillaba, al valiente y piadoso guerrero que aislado entre los avasallados españoles, y armado solamente de una espada y una cruz, sin otra

ayuda que su valor y su fé, fundó el trono que fué un día el mas poderoso de la tierra. Solo el magnánimo Carlos III quiso cumplir esta deuda sagrada de reconocimiento, alzando en Covadonga una memoria suntuosa al mas glorioso de sus predecesores; pero la muerte del gran monarca interrumpió los trabajos comenzados, y tal vez no se continuarán jamás. Mas lo que los hombres no alcanzaron á hacer, lo hizo la omnipotente mano de Dios, que sobre la tumba de Pelayo fabricó una altísima pirámide, ante la que no serian sino humildes pigmeos las celebradas de Egipto. Nada tan grandioso y magnífico, nada tan bello y poético como Covadonga.... Nuestra pluma es harto humilde para describir las emociones de admiracion y sorpresa que nuestro corazon siente en este momento que se desenvuelve á nuestros ojos este sublime cuadro, este inmenso panorama que ostenta ¡tantas bellezas naturales! ¡tantos recuerdos de gloria!... ¡Allí! al frente el famoso monte *Auseva*, el desmesurado gigante que á cuatro mil pies del suelo muestra altivo su cabeza coronada de robustas encinas, y que apoya sus plantas sobre un pedestal de doscientos pies de elevacion, en el que rebotaban las flechas de los infieles, y volvian á herir á sus mismos dueños.... Aquella es la renombrada *Cueva-fonga* (1), la cuna de la libertad española,

(1) Su estension es próximamente de cuarenta pies de boca, y treinta de fondo. La altura varia desde diez á cincuenta. El techo está formado por una enorme peña cóncava que presenta alrededor varias grutas ó covachas. El suelo lo constituyen parte la peña, y parte un tablado sostenido por vigas fijas en la misma por uno de sus extremos. Segun antiquísimas tradiciones, estaba dedicada á la Virgen antes de la invasion agarena, y el cronicon de Alfonso III lo confirma de algun modo, pues la llama casa de Sta. Maria. Dicese tambien que la primitiva imágen de la Virgen fuera

el primer alcázar, y la casa solar de los reyes de España (1) que custodia orgullosa el sepulcro del héroe cuyo lugar muestra entre las sombras de la noche un farol siempre luciente... ¿Cuál es el nombre de este río que huye rápidamente por la puerta de aquel edificio parecido á un fortísimo castillo (2), para despeñarse después con terrible es-

truendo desde una altura de sesenta pies?... Abramos nuestras antiguas crónicas, y allí lo encontraremos... Es el Deva, el que creció y se hizo grande con la sangre de los moros: durándole muchos días correr muy teñida con ella (3)... Aquel es el antiguo monasterio de Sta. María (hoy colegiata), pobre edificio, pero en el que se descubren rastros de



La tumba de Pelayo

la arquitectura bizantina que era la usual en la época de su fundador el esforzado Alfonso el Católico... He aquí «el llanto de donde hablaba el traidor obispo don Opas desde su cabalgadura» para persuadir á Pelayo, que ocupaba la cueva, abandonase su heroica empresa y rindiase homenaje al bárbaro Alkhamak...

Muy cerca, á pocos pasos, el *campo de Repelayo* donde los cristianos se detuvieron en medio de su victoria, para proclamar rey á su denodado caudillo, *alzándole sobre el pánax*, según la usanza goda (4)... Todo en Covadonga es rústico, pero grandioso y romanesco. Víctor Hugo dijo que los pueblos escriben su historia en páginas de piedra: aquí podemos leerla en los montes, en los riscos y en los troncos de los árboles. Aquí pisamos por do quiera la huella sagrada del gran Pelayo ó de sus helicosos sucesores: ¡de Pelayo! cuyo nombre que debía mas tarde llenar el mundo, estuvo olvidado mas de cien años por sus ingratos compatriotas (5), y cuyas proezas fueron antes celebradas en crónicas enemigas y extranjeras que en las cristianas.

Bajo las rústicas bóvedas de Covadonga trazamos estas líneas, y al contemplar el agreste teatro de la gran victoria de nuestros pasados, y escuchando el continuado rumor de los mil chorros de agua que del Auseva se desprenden, parecemos oír aun el ruido del combate, los gritos de dolor de los vencidos árabes, y los cantos de triunfo de los cristianos vencedores... La vista busca ansiosa, y espera encontrar tal vez aquellos guerreros godos, cántabros, y asturos de luenga cabellera, vestidos de hierro y pieles, cubiertos con toscos almetes, armados de espada y maza, y mas aun con su indomito valor y su piadosa fé, que acometieron la obra có-

trada de sacudir el yugo sarraceno, y «fundar otra patria, y otra España, mas grande y mas feliz que la primera» (6)... Parécenos ver al noble príncipe tremolar con robusta mano aquella bandera santa, que pasando por las de una serie de héroes fué al cabo de siete siglos clavada en las alturas almenas de la Alhambra por la sin par Isabel la Católica...

Acaba de estallar una furiosa tormenta: el Deva rompe embravecido el cauce artificial en que la mano del hombre quiso aprisionarlo, y forma cien cascadas á cual mas imponentes... El estampido del trueno es mas magestuoso y terrible, repetido por el eco de la romántica cueva de Pelayo. Entonces, en medio de la tempestad es cuando Covadonga despliega todas sus galas, es cuando está mas bella...

Cuando entré en el recinto de la histórica gruta, me detuve un instante poseído de profunda admiración... Parecíame no debía bollar con mis plantas aquella tierra sagrada... Allí está la pobre ermita que contiene el antiguo simulacro de la Virgen, y á pocos pasos... ¡la tumba de Pelayo! Delante de este tosco altar que se presenta á los admiradores del héroe como una porción de él mismo, como una especie de fusion misteriosa en la tierra de la gloria humana y de la gloria divina, se postra uno con respeto... ¡Allí está Pelayo... y Dios tambien! Desde que fueron depositadas sus cenizas en la cueva de la Virgen ¡cuántos héroes han desaparecido!... ¡Cuántos reyes poderosos han pasado como los dioses de las antiguas edades!... Cuántas glorias nacieron y se hundieron en el abismo de los tiempos!... ¡Qué tesoro de filosofía no encierra esta pobre tumba de piedra bárbaramente fabricada, que guarda

allí colocada por el apóstol San Pablo, y que pocos días antes de la célebre batalla llegó allí Pelayo persiguiendo á un malhechor que se acogió al altar. Un ermitaño que moraba en la cueva rogó por él, y Pelayo le perdonó por respeto á la Virgen. Entonces el cenovita profetizó al piadoso guerrero, que aquella santa cueva le serviría tambien de asilo «por lo que (dice Carballo en sus antigüedades de Asturias), se acogió allí con su gente desde el mercado de Cangas donde se le reuniera.»

(1) Así nombra el libro becerro del real patronato á la Colegiata de Covadonga, cuyo templo estuvo en la famosa cueva, hasta que fué reducido á cenizas el 18 de octubre de 1777. Los reyes de España fueron canónigos de Covadonga hasta el tiempo de Felipe IV que renunció en beneficio de la Colegiata, la prebenda que disfrutaba.

(2) Magnífica alcantarilla de quince pies de alto y nueve de ancho construida por don Ventura Rodríguez, primer arquitecto

de Carlos III y que debia servir de base al nuevo templo proyectado.

(3) Véase la crónica de España por el arzobispo don Rodrigo Ambrosio de Morales. (*Viaje Santo*) Carballo. Antigüedades de Asturias, etc. etc.

(4) Cerca del pueblo de *Soto de Cangas* distante una legua de Covadonga se encuentra el *Campo de la Jura*, donde después de la batalla se reunieron los nuevos vasallos de Pelayo para prestar el solemne juramento y pleito homenaje.

(5) La primera crónica española que menciona á Pelayo es la del monje de Albelda escrita en 883: á esta sigue la de Alfonso III el Magno que data de poco después. Los escritores árabes hablan todos de Pelayo y de su alzamiento y le nombran *Pelay el rumi* (el romano), dictado que daban á todos los españoles que no descendían de godos. (Véase Romey, *Historia de España*).

(6) El Pelayo, trajedis por don Manuel José Quintana.

hace mas de once siglos las reliquias del que fué á un mismo tiempo el campeón de la libertad, de la religion y de la monarquía.

La antigua iglesia de Santa María, fundada por Alfonso el Católico (1), y construida de madera, estaba casi suspendida en el aire, y era conocida desde los antiguos tiempos con el significativo nombre de *Milagro de Covadonga*. Un rayo hirió la maleza que tapizaba el poético templo, atrevida obra de la fé de nuestros padres, y lo redujo á cenizas. Este inesperado desastre consternó á la España toda, pero en especial á Asturias, donde fué mirado como una calamidad pública (2). El abad de Covadonga corrió apresuradamente á los pies del trono, llevando en sus manos la gloriosa espada de Pelayo, único trofeo que ornaba su lucillo, y única joya que las llamas respetaron (3). El gran Carlos III se afectó profundamente al ver el casco, pero sagrado hierro que sirviera de cetro al mas célebre de sus antepasados, y dispuso cuanto creyó conducente para reparar los daños causados por el incendio; mas la muerte le impidió, como hemos dicho, realizar sus patrióticos intentos.

No vamos á presentar á nuestros lectores una detallada

descripción del Santuario, colegiata y cueva de Covadonga. El *SEMANARIO*, en los primeros tiempos de su larga existencia, pagó ya, fiel á su dictado de ESPAÑOL, este tributo á las grandezas españolas. Vamos únicamente á hablar de la *tumba de Pelayo*. Ambrosio de Morales la describe así en su *Viaje Santo*. «En lo postrero de la iglesia, frontero al altar mayor, está una covacha alta hasta la cinta, y que entra como 12 pies, y lo mas es cueva natural con solo tener un arco liso de cantería á la entrada. En esta capilla ó pequeña cueva está una gran tumba de piedra, mas angosta de los pies que á la cabeza; el arco de una pieza, y la cubierta de otra: todo liso, sin ninguna labor ni letra. Esta dicen todos que es la sepultura del rey D. Pelayo.» Poco ha variado desde el reinado de Felipe II este lugar memorable. El arco de piedra que da entrada á la oscura gruta es una sencilla ojiva al estilo del siglo XIII. Está casi del todo cerrado con tabique y algunas piedras labreadas, fragmentos del antiguo templo, que parecen haber formado parte de una orla muy semejante á otras que se ven en las iglesias Bizantinas de Abamia y Villanueva, contemporáneas de Alfonso I. Hay además una gruesa reja de hierro que



Gruta en que está la tumba de Pelayo.

resguarda la entrada é impide á los curiosos acercarse y tocar el sepulcro, que puede verse, sin embargo, por un pequeño espacio ó tronera que el tabiqué y los barrotes de la reja dejan libre, y por el que se registra el interior de la covacha. Aparece ésta tapizada por todas partes de musgo y moho; y en el centro, y posada sencillamente sobre el suelo, la gran tumba que encierra los cuerpos de Pelayo, de su esposa Gandiosa, y de su hermana Hormesinda. El sarcófago es tosquísimo, pero demuestra antigüedad muy remota, y con su aspecto confirma lo que nos dicen las crónicas y la tradición, «que muerto D. Pelayo en 737 en tierra de Cangas, fué enterrado con su esposa Gandiosa en Santa Eulalia de Belapnio», hoy Abamia (4), y de allí trasladados sus cuerpos á Covadonga por Alfonso el Católico

cuando la creación del monasterio de Santa María. Por la parte exterior de la gruta sepulcral, y encima de la ojiha de la entrada, hay incrustada en la peña una pequeña lámpida de mármol blanco, que data al parecer del siglo XVI, en la que se lee formada por letras romanas la inscripción siguiente:

AQUI YACE EL SEÑOR REY DON PELAYO,  
ELLECTO EL AÑO DE 716, QUE EN ESTA  
MILAGROSA CUEVA DIO PRINCIPIO A LA  
RESTAURACION DE ESPAÑA VENCIDOS  
LOS MÓROS. FALLECIO AÑO  
DE 737, Y LE ACOMPAÑAN SU MUJER  
Y HERMANA.

A pocos pasos del lucillo de Pelayo se vé el de Alfonso

(1) Tal es la antigua tradición confirmada por algunos documentos. Las donaciones, reales privilegios y demás instrumentos apreciables que se custodiaban en el archivo de Covadonga, se habían ya estraviado en el siglo XVI, época en que visitó este santuario Ambrosio de Morales, á causa de haber muerto en el camino un abad que los llevaba á confirmar á la corte. Sin embargo, el P. Risco presenta un traslado de dos escrituras atribuidas á Alfonso I el católico. Dice la primera que él y su muger Ermisenda habían construido la iglesia de Sta. María de Covadonga adonde trasladaron la imagen de Nuestra Señora de Monsagro, y que la iglesia fué consagrada por doce obispos, asistiendo otros tantos abades y varios señores del palacio; todo lo que se hizo por haberlo dispuesto su suegro don Pelayo, que allí en la cueva había vencido con el favor divino 50,000 moros el 1.º de agosto de la era de 736 (año 718). Añade también que pusieron en aquel lugar doce monjes con su abad para que viviesen según la regla de

San Benito. Concluye haciendo una donación al abad *Adulfo* y sus monjes, y firman los reyes, tres obispos, un conde, dos abades, un caballero y un presbítero. La otra escritura es una donación de varias iglesias, y en ellas el abad *Aifulfo* se llama *lio del rey don Alfonso*. Risco duda de la autenticidad de estos instrumentos, aunque confiesa que las copias son muy antiguas.

(2) La mayor parte de los habitantes del principado de Asturias concurren espontáneamente con crecidas limosnas para la reedificación del santuario, y la catedral de Oviedo y otras iglesias le donaron ornamentos y vasos sagrados.

(3) Desde aquella época, según creemos, fué depositada en la Armería Real de Madrid, donde puede reconocerla el curioso. Es muy notable y digna de atención por su extraña forma.

(4) Véase la crónica del monge de Albelda, y la del rey don Alfonso el Magno atribuida por algunos á Sebastian, obispo de Salamanca.

el Católico empotrado en una de las paredes de la ermita de la Virgen, y revocado de manera que no deja en descubierto mas que la testera, en la que se lee un humilde epitafio semejante al que acabamos de trasladar. El antiguo libro becerro del real patronato de la insigne iglesia de Covadonga hace mencion de uno y otro sepulcro, señalando

su situacion igual á la que tienen hoy, aunque advierte no habia inscripciones. Morales asegura lo mismo. Tal se muestra hoy á la admiracion de los patriotas la tumba de Pelayo, inmortal monumento de las glorias españolas.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

LA CAVERNA DEL DIABLO

Lección final del siglo XVII.

VI

El asesinato.

Cavalga el conde en lo oscuro  
Sobre un veloce caballo,  
Que al salir de aquel abismo  
Le dió su patrono el diablo,  
Consigo lleva el tesoro  
A tanta costa comprado,  
Aunque él no piensa en el precio,  
Solo en Florinda pensando.  
Ya va á sonar media noche,  
Cuando de la luna al rayo  
Que de entre las negras nubes  
Se desprende, ve á lo largo  
Parecer los altos muros  
Que encierran su bien amado.  
Entonce al bruto espolea,  
Y atrás el viento dejando  
Salva el foso, y de un postigo  
Abierto, al través, al patio  
Principal llega; del bruto  
Ligero salta, y salvando  
Diez á diez los escalones  
Llega á vista del anciano:  
—«¡Héme aquí con el tesoro!  
—Presto habeis enriquecido...  
—«¿Y bien?

—«Seais bien venido!

—«¡Veamos!  
—«La ley del oro!  
—«Ved todo lo que gusteis;  
—«Mas ya que os traigo el dinero,  
«A Florinda hermosa espero,  
«Que luego al punto me deis!  
—«Cachaza; que es necesario  
«Pesar y contar primero  
«Los escudos...  
—«Usurero

«Pareceis...  
—«Vos temerario!  
—«Pesad y contad; mas presto;  
«Que no hay tiempo que perder...  
—«Para ser una muger  
«Lo que compréis, os protesto  
«Que gastais tamaño priesa.  
—«Luego tengo que marchar...  
—«¿Tan presto me ha de dejar  
«Mi hija adorada?

—«Con esa  
«Salis ahora?... Pedisteis  
«Esa suma por su mano;  
«Ved que os está bien, anciano,

«Cumplir lo que prometisteis!»

Al acento decidido  
Con que el mancocho irritado  
Le habla, cede complaciente  
El astuto castellano;  
Y cogiendo un balancín  
Que está al alcance del brazo,  
Va los flamantes escudos  
Pesando á un tiempo y contando.  
«De buena ley es el oro  
«Señor conde, bravo hallazgo  
«Habeis hecho; por mi vida,  
«Son muy de fresco acuñados!  
«Este doblon es magnífico;  
«A estotro le sobra un grano;  
«Y aqueste?... Como reliquias  
«Voy todos, conde, á guardarlos.»  
—Y hablando así, mientras sigue  
El enojoso trabajo,  
Sin cesar demuestra el viejo  
Su misero genio avaro.  
En tanto el conde, impaciente,  
Dá su charla á dos mil diablos;  
Mas como todo en el mundo  
Tiene fin, ya de su cálculo  
Toca al término felice  
Aquel avariento anciano.  
Ya solo resta el postrero  
Escudo, y al colocarlo  
En la balanza, vé el viejo  
Que sube ligero el plato,  
—«¿Cambiádmelo!» esclama al punto.  
—«¿Por qué?  
—«¡Pardiez!... porque es falso.  
—«No poseo ya en la tierra  
«Ni un miserable cornudo;  
«Con que, si no os acomoda...  
—«Esperad!...» y examinando  
Mas de cerca la moneda,  
Ve con indecible espanto  
Del príncipe del averno  
Un feisimo retrato;  
Y por leyenda: «Fundido  
«Para el gran conde Binaldo  
«En mil seiscientos cuarenta,  
«Y en la caverna del Diablo.»  
Lanza el viejo un alarido,  
Y al punto, cual si un encanto  
Poderoso en aquel grito  
Se encerrase, van entrando  
Por la puerta, uno tras otro,  
Hasta veinte hombres armados.  
Tira de la espada el conde,  
Y ciego, desatentado  
Acomete; los arqueros  
Forman en torno del amo.  
Un círculo impenetrable,  
Y cuando ya despedido  
Va á retirarse, acometen

A su voz los veinte brazos;  
Mirase el conde perdido  
Porque le han cerrado el paso,  
«¡A mi Lucifer!» ahulla,  
«¡A mi espíritu del baratro!»  
Y una legion infinita  
En los aires agitando  
Cien mil inflamadas teas,  
Acude de negros diablos.  
Huyen tímidos la vista  
Espantosa los soldados;  
Y el conde por los cabellos  
Cogiendo entonces al anciano,  
La amoratada cabeza  
Cercena de solo un tajo.  
En tanto que en el castillo  
Ejerce voraz su estrago  
El incendio; arden confusos  
Muebles, riquísimos cuadros,  
Y manuscritos preciosos,  
A grande costa, y en años  
No muy pocos, reunidos  
Por el muerto castellano,  
Y pronto el vorace fuego  
Se propaga y crece tanto,  
Que el conde solo procura  
Poner su persona en salvo.  
Una inmensa galeria  
Ardiendo ya, á grandes pasos  
Sigue el conde; va á torcer  
Por donde no hay fuego, cuando  
Unos ayes lastimeros  
Lo detienen y á lo largo,  
Casi desnuda, á Florinda  
Descubre que entrambos brazos  
Pidiendo favor le tiende.  
No vacila, que esforzado  
Nació; salvando las vigas  
Abrasadas, y arrostrando  
Mil muertes, vuelá en socorro  
De la jóven; ya á su lado  
Va á llegar, ya presuroso  
Una salvadora mano  
Va á ofrecerle, cuando siente  
Crugir y hundirse á su paso  
El solido pavimento  
Por el incendio minado.  
Lleno de pavor el conde  
A un balconcillo inmediato  
Se lanza, y de allí se arroja  
Al patio de un solo salto.  
En aquel instante mismo,  
Con fragor extraordinario  
Toda el ala que el incendio  
Destruye, se viene abajo;  
Y el conde que por fortuna  
Halla aun allí su caballo,  
Salta sobre él, le espolea,  
Y mas veloz que el relampago  
Va corriendo á toda brida  
Al través de aquellos campos.

VII.

La fuga.

Los montes y los rios, las selvas, los collados,  
Las villas, las aldeas, ve al conde en derredor,  
Pasas ante su vista cual pasan los nublados  
Al soplo irresistible del turbido aquilon.

Y pasan otros rios, y surgen otros montes  
Y aldeas y ciudades de vario parecer;  
Y campos nunca vistos y extraños horizontes,  
Y lúgubres comarcas ve el conde en su correr.

Y mientras mas se aleja de aquel fatal castillo  
Mas claro del incendio escuchase el crugir,

Y el golpe acompasado del lúgubre martillo,  
Y aquel indefinible satánico reir.

Y el pálido rostro con ánsia volviendo,  
Ve el misero conde, ¡terrible vision!  
Que entero el castillo detras del corriendo  
Ya casi en su marcha detiene el bridon.

Entonces desgarras los recios hijares  
Con ambas espuelas del noble corcel.  
Y el sudor y sangre despréndense á maras  
A rudos embates del dueño cruel.

Mientras mas le aguja, mas lento adelanta;  
Ni freno ni espuelas conmuevenle ya;  
Y al fin yerta, inmóvil, la rápida planta,  
De aspecto varia la fuga infernal.

En torno de Rinaldi gira ardiendo  
El castillo con horrido fragor;  
Y el conde sobre sí gira siguiendo  
Con pasmo la terrífica vision.

Rotó los muros, la anublada vista  
Penetra sin obstáculo hasta el fin.  
Y como en panorama amplia revista  
Pasa allí de su vida el infeliz.

Mirase honrado y rico y acatado  
Como lo fuera allá en su juventud,  
Antes que en la sentina del pecado  
Mancillase por siempre su virtud.

Luego, ya corrompido, á los placeres  
Se lanza y á los vicios con furor;  
Y pérdidas tabures, y mugeres  
Perdidas, van siguiendo en derredor.

Y la orgía, las lúbricas danzas,  
Y los duelos, la sucia embriaguez;  
Del averno las mil asechanzas,  
Juntas van en impuro tropel.

Y traiciones y muertes, y engaños  
Pasan luego en confuso montón,  
Y ya el conde sus últimos años  
Ve llegar ante sí con horror.

De Venecia las torres, los puentes,  
De las aguas se miran surgir,  
Y se escucha el rumor de las gentes  
Cual del mar el lejano mugir.

Las luces remedan al día,  
Las gondolas vienen y van:  
¿Cuál es esa inmensa alegría  
Que rugé en el ancho canal?

Del lago las plácidas olas  
Cubiertas de barcas se ven,  
Que agitan sus mil banderolas  
Del remo al suave vaiven:

Y música y tiernos cantares,  
Y gritos y vivas sin fin,  
Conturban la tierra y los mares  
Del uno hasta el otro confín.

Y allá del cuadro en el fondo,  
Entre mil otros fulgura,  
Cual sol brillante un palacio  
Que las miradas deslumbra.

Es la mármorea fachada  
Prodigio de arquitectura,  
Y á la luz de los hachones  
De mil colores y hechuras.

Que de frente y por la espalda  
Se refleja en sus columnas,  
Cual si de diamante fuera  
Así fulgente relumbra.

Es de Alfonso de Ferrara  
Duque, la mansion augusta,  
Y en aquella fausta noche  
Emporio de la hermosura;

Que en su hogar hospitalario,  
El noble príncipe áduna  
Cuántas damas y donceles  
Hay allí de egregia alcurnia.

Ved como allá en los salones  
Se codean y se empujan  
De caballeros y damas  
Las innumerables turbas.

Como en galas y preseas  
Compiten las hermosuras;  
Mientras á un lado las madres,  
Con frentes un tanto adustas,

Lloran acaso los tiempos  
De sus pasadas venturas;  
¡Pobres flores, deshojadas.

Soles que el invierno anubla!

Y al dar la señal la orquesta,  
Ved cual se agitan confusas  
Las parejas juveniles  
Obedeciendo á la música.

Como si el crudo vértigo  
De súbita locura.  
Se apodera rápido  
De las alegres turbas:  
Las jóvenes y vírgenes  
Con aparente furia,  
Ya con cuidado evitanse,  
Ya tornan y se buscan.  
Y unos con otros mézclanse  
En danza tan confusa,  
Que con trabajos improbos  
La maternal ternura,  
Acaso en medió al vértice,  
Lá cabellera rubia,  
Pasar vé de la sílfide  
Que causa sus angustias,  
Como veloz relámpago  
Que un punto el cielo alumbra;  
Y al ver cual pasa efímero  
De nuevo se conturba;  
Torna á buscarla, y riése  
Del miedo que la asusta,  
Al ver la frente pálida  
De cuyo bien se cura,  
Ángel de amores, cándido,  
Brillar entre la turba,  
Cual luce el sol vivífico  
De enero entre las brumas.

Mas el noble príncipe,  
Rey de la funcion,  
No se vé en las salas;  
Acaso salió  
Al regio vestibulo  
Oyendo el rumor  
De alguien que al saráo  
Muy tarde llegó.  
Mas no; que aunque sea  
Galante el señor.  
Recibe á las gentes  
De pié en el salon,  
Y cuando el ugier  
Con sonora voz  
Anunció é Cornaro,  
El Dux, solo dió  
Dos pasos el dueño  
En demostracion  
De gran cortesia;  
Que es duque y señor  
También soberano,  
Y hombre de tal pró  
Que parias no rinde  
Ni al emperador.

Allá en lo oscuro,  
Cerca del muro  
Que al lago dá,  
En una pieza  
Que dá tristeza  
Se ven entrar.

Juntos dos hombres,  
De altivos nombres,  
Ricos los dos:  
Duque el primero;  
Y el que postrero  
Al cuarto entró.

Su íntimo amigo  
Que en su enemigo  
Se va á tornar;  
Que allá en lo oscuro,  
Cerca del muro  
Van á jugar.

Rinaldi, el conde,  
Que dentro esconde  
Del corazón  
Fea codicia,  
Negra avaricia,  
Poco valor:

Al de Ferrara  
Que antes entrara,  
Le dice así:  
—«¿Dó estan los dados?»  
—«Ya preparados  
«Véilos aquí.»

Con gran sorna  
La ancha corna  
Coge aquel:  
Tira el dado...  
—«¡Fortunado,  
Diez saqué!»

«Duque, tira!»  
—«Conde, mira.»  
«Quince yo!»  
—«Mil cequines  
«Florentines,  
¡O furor!»

«Venga el cuerno  
«Del averno.  
«Van diez mil!»  
«Tres... diez... trece...»  
«Me parece  
«Que vencí!»

—«Bien... yo tiro.  
«Mas, qué miro?»  
«Quince son!»  
—«Negra suerte!»  
«Ven ó muerte!»  
«Va un millon!»

«Tres... seis... nueve...»  
«¡Suerte aleve,  
«Ya perdí!»  
—«Doce cuento!»  
—«Bien... aumentó!»  
«¡Pesía á mí!»

«Dos millones  
«De doblones  
«Ahora van!»  
«Tú el primero  
«Duque!»  
—«Quiero!»  
«Seis no mas!»

—«¡Oh alegría!»  
«Esta es mía!»  
«Tiro yo!»  
«Dos... tres... nada!»  
«Malhadada  
«Mi ambicion!»

Prosiguen  
Jugando;  
El duque  
Ganando.  
Y el conde  
Perdido  
De rabia  
Transido;  
El único  
Apuesta  
Postrero  
Doblon:  
Y pierde,  
Y al punto  
En negro  
Conjunto  
Ve el triste  
Su vida;  
Su fama  
Perdida...  
Ya nada  
Le resta...  
¡Horrible  
Traicion!

Duda,  
Tiemblo,  
Mira,  
Busca  
Torvo  
Ya...

Y cual feroce tigre, salta luego  
Sobre el duque blandiéndola su puñal,

Y hasta el pomo lo esconde en la tetilla  
Izquierda, traspasando el corazón;  
Y al oro se abalanza que allí brilla  
El cobarde asesino ora ladrón.

Cae el duque sin lanzar ni un solo grito.  
Que es segura la mano que le hirió;  
Y los bolsillos llenos, el maldito  
Vuela por el oscuro corredor.

## VIII.

## El despertar.

A la siguiente mañana  
Después de aquellos sucesos  
Que contamos ha muy poco,  
Al teatro del incendio.

Entre inmensa multitud  
De aldeanos y labriegos,  
En buen orden van llegando  
Hasta doscientos arqueros.

Del rey son, que á la noticia  
De aquel desastroso evento,  
Manda que entre los escombros  
Se registre luego, luego.

Empiezan á echar á un lado  
Los ennegrecidos restos  
De pavimentos y muros,  
Puertas, ventanas y techos.

Y á las primeras de cambio,  
Hallan intacto y completo  
El cuarto laboratorio  
Del infeliz usurero.

Yace á un lado la cabeza,  
A otro el mutilado cuerpo,  
Que aun conserva entre las manos  
Aquel escudo postrero.

Y allí cerca, en un vetusto  
Arcon de sólido hierro,  
Que el misero castellano  
Al morir dejó entreabierto,

En montones desiguales  
Se ve lucir el dinero  
Cuyo amor costó la vida  
A su infortunado dueño.

Siguen en tanto escabando  
Solicitos los pecheros;  
Y en el patio principal,  
Donde casi todo un lienzo

De pared se vino abajo  
Con el furor del incendio,  
Desentierran á Rinaldi  
Magullado y casi muerto.

Y es que al saltar, de las iras  
Del fuego infernal huyendo,  
Tras él desplomóse el muro  
Minado ya por el fuego,

Y la carrera y la fuga,  
Y los terribles recuerdos  
Dó en lúgubre panorama

Vió sus delitos horrendos;

Fueron fantasmas y sombras  
Del lastimado cerebro,  
Delirios de un moribundo  
Que sueña estando despierto.

Al ver al conde se lanzan  
Sobre él los bravos arqueros,  
Y atado, en una camilla  
Que llevan cuatro labriegos,

Con silencio y gran premura,  
Al mas inmediato pueblo  
Le conducen; que formado  
Ya está el tribunal severo,

Nombrado por el monarca  
Para formar el proceso,  
Y según lo que resulte,  
Condenarlo ó absolverlo.

## IX.

## El suplicio.

En medio de una gran plaza  
Y sobre altivo tablado  
Cuyas negras colgaduras  
Al alma infunden espanto,

Alrededor de una mesa  
Están los jueces sentados,  
Y allí junto en su camilla,  
Descompuesto el rostro y pálido.

Enredados los cabellos,  
Los ojos ensangrentados  
Yacer se mira doliente  
Al infelice Rinaldo.

Cuatro guardias le rodean,  
La artesana en el brazo,  
Y estudiantes y mendigos,  
Y clérigos y soldados.

Se empujan y se denostan  
Y se dan sendos codazos,  
Por ver mejor á los jueces  
Y al miserable acusado.

Y tan de recio se insultan  
Y se estrujan con tal garbo,  
Que va á parar en tumulto  
Si dura mas, aquel acto.

Mas por fortuna el delito  
Es tan patente y tan claro,  
Que no hay sino aquel forzoso,  
Indispensable retardo;

Y la causa opones dura

La escalera salvó de un solo salto;  
Con otro llega al margen del canal,  
Y por el puente toma de Rialto,  
Y prosigue, y lo deja en breve atrás.

Y signe en la carrera.... mas la historia  
De su pasada vida ya no vió  
El conde, y sin aliento ni memoria  
Al irse á incorporar se desmayó....

El tiempo que es necesario  
Para que pueda erigirse  
Allí próximo un cadalso,

Convicto el conde y confeso  
De homicidio, incendio y rapto,  
De pacto con el demonio,  
Y á mas monedero falso,

A una voz la última pena  
Le imponen los magistrados;  
Y entre roncós alaridos  
É insultos del populacho,

Al patibulo afrentoso  
Le conducen los soldados.—  
Allí en la rueda, le rompen  
Primero piernas y brazos;

Luego le arrancan los ojos;  
Y vivo aun, palpitando,  
En una inmensa caldera,  
Do los escudos del diablo

En plena fusion, hirviendo,  
Son un infierno abreviado,  
Le arrojan, porque el castigo  
Infunda mayor espanto.

## X.

## Conclusion.

Cuentan que mientras el suplicio  
Duró, en los aires bailando  
Cual torbellino espantoso,  
Se vieron mil negros diablós,  
Al son infernal, horrible,  
Del mas lúgubre fandango.  
Y al rechinar de los dientes  
Y al reir de aquellos trasgos,  
Se mezclaban los suspiros  
De Florinda, y los desmayos,  
Y el ronco estertor del duque  
Y el del misero Tivaldo.  
Yo, lector, no lo aseguro;  
Cuento lo que me contaron.  
Lo que sí afirmo por cierto,  
(Y no me importa un cornado  
Que cual patraña lo mires);  
Es que el viajero, á su paso  
Por la comarca en que estuvo  
El castillo celebrado.  
Cree oír el chisporroteo  
Del incendio, y ver su estrago,  
Y escuchar las sucias coplas,  
Y juramentos nefandos,  
Y el rechinar de las limas  
De los monederos falsos,  
Al son del recio martillo  
De la *Cocerna del Diablo*.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

## UN ELEGANTE DE PROVINCIA.

Hacia media hora poco mas ó menos que acababa de llegar la diligencia de Cuenca, cuando se hallaba instalado Pepito el Marqués (tal era el nombre que daban en su provincia al protagonista de esta verdadera historia) en una sala del parador de S. Bruno, rodeado de tres ó cuatro de sus paisanos que habian estado esperándole. Mientras se

despojaba del traje de camino, le atronaban á preguntas sobre las novedades y acontecimientos del pueblo, y se anticipaban á darle algunas nociones acerca de la armería, del jardín botánico, del casino y casa de fieras.

—Todo eso lo tengo visto cuando vine hace diez años por ferias con mi abuela, dijo el recién llegado; ahora va no me ocupo de eso; ahora quiero ver y tratar notabilidades artísticas, los Utrillas, los Borreles, los Pedebideaus, los Mirós. Es necesario que me lleve á casa del primero; sino no podré presentar mis cartas de recomendación. A la del último ya tendré tiempo de ir mañana.

Se viste con el traje de ceremonia que usaba en su pueblo, y se dirige con sus amigos á casa de Utrilla.

Utrilla, como VV. saben, es un sastre que tiene ciento treinta y seis operarios de ambos sexos, á quienes dá trabajo fuera de su casa. Para tan considerable número de artistas, le es necesario tener cortando diariamente dos ó tres oficiales, necesitando él todo su tiempo para tomar medidas, no extraordinarias ni excepcionales, sino justas, y enterarse del gusto y pretensiones de sus elegantes parroquianos. Con su amabilidad acostumbrada ponderó la gallarda de nuestro Pepito.

—¡Oh amigo, cuánto partido puede sacar del cuerpo de V. un buen sastre!

—¿Si, eh? sin embargo, yo lo creía difícil. Mire V. que soy de un gusto muy delicado.

Utrilla le tomó las medidas de frac, chaleco y pantalón.

Nuestro joven se provió de un corsé, de botas charoladas de Escobar, jabón de olor que compró en casa de Fortis, guantes de Dubost, etc. etc.

A los pocos días, gracias á sus continuas idas y venidas á casa de Utrilla, tenía ya la ropa en el parador.

Llega la hora de vestirse. Miró se había esmerado en el peinado, Utrilla había estado sublime en el vestido, y cumpliendo con el encargo que le fuera hecho, había confeccionado el traje con arreglo al último figurin acabado de llegar de París.

—Es preciso ensayar mis modales y ver cómo me sienta esta ropa, decía Pepito contoneándose y dirigiendo de cuando en cuando una mirada al espejo.

Púsose el sombrero, comprado el día antes en casa de Amable, tomó un junquito que tenía arrimado á una cómoda y ensayó algunos movimientos.

Satisfecho de su presencia sale á la calle esta notabilidad con quense.

—Este caballero es de Cuenca, oyó decir á su espalda.

—Para servir á V. caballero... ¿A quién tengo el honor... dijo Pepito poniéndose en tercera.

—Este caballero es de Cuenca, dijo otro que pasaba detrás de él.

Volvióse el joven; pero no conoció mas al segundo que al primero de los que parecían sus admiradores.

Detóvose á leer delante de la librería de Cuesta uno de los cartones que se hallan á la puerta, y al cabo de pocos renglones tropezó su vista con el siguiente:

#### *Manual del joven elegante.*

Este librito va le había leído Pepito el marqués en Cuenca; pero se le había dejado olvidado, y creía necesario repasar algunos documentos; porque se le ocurrían algunas dudas acerca de aquello de tronzar el pan francés y romper con la mano las cáscaras de los huevos pasados por agua.

Entra en ella.

—Este caballero es de Cuenca, dicen á una voz todos los que se hallaban en ella.

—Señores, soy mas conocido en Madrid de lo que creía. Tiene V. la bondad, dijo acercándose al mostrador, de darme el *Manual del joven elegante*?

Toma un ejemplar en pasta, sale de la librería dirigiéndose á correos, y por el camino á un lado y á otro y por detrás no oía mas que una voz continua que decía: Este caballero es de Cuenca. A pesar de que nuestro elegante era de un carácter dulce y pacífico, ya se iba incomodando; pero llegó á desesperarse cuando al entrar en correos se vió rodeado de toda la guardia que gritaba: Este caballero es de Cuenca.

Por último, viéndose por todas partes rodeado por gentes para él desconocidas, que pronunciaban aquellas palabras, se dirigió á su casa, subió á su cuarto y comenzó á desnudarse.

Al quitarse el frac, para cuya operacion tuvo que llamar á un criado, vió la causa de su desesperacion.

El ama de la posada que le había visto llegar en la diligencia de Cuenca, y que había observado tambien las contorsiones, los gestos y ademanes que hiciera ante el espejo, le había cosido á la espalda del frac una cuartilla de papel en que se leían estas palabras: *Este caballero es de Cuenca.*

## Prueba de la verdad por el fuego.

Los cristianos que vivian en España bajo el dominio de los moros, usaban un misal y ritual llamado Mozárabe, diferente en muchos particulares del misal usado en Roma. Luego que Toledo fué conquistada por los reyes cristianos, mandó el Papa abandonar el Mozárabe y recibir el latino. Los cristianos viejos de Toledo defendian con mucho celo el misal de sus antepasados, por cuyos ritos habían obtenido las bendiciones del Espíritu santo; pero el Legado de Roma insistía en que se usase aquel que había recibido la sancion infalible del Pontífice. No siendo fácil hallar el fin de esta contienda, convinieron las dos partes en decidir la controversia por el fuego, esto es, echar al fuego los dos misales, y aquel que quedara intacto seria admitido. Al punto hicieron una grande hoguera y los dos misales fueron arrojados en ella, pero por causas entonces desconocidas, ambos libros, con asombro de los espectadores quedaron reducidos á cenizas. La consecuencia fué el usar uno y otro, como se acostumbra en Toledo hasta el día.

## SENTENCIAS.

—No fies ni porfies, no apuestes ni prestes, y vivirás con sosiego entre las gentes.

—Cuando te hace fiestas el que antes no te las solía hacer, ó te quiere engañar ó te ha menester.

—Hablar sin pensar es tirar sin apuntar.

—Huerta sin agua, casa sin tejado, mujer sin amor y marido descuidado, son cuatro cosas que lleva el diablo.

—Humo, gotera y muger parlera, echan al hombre de su casa á fuera.

—Necios y porfiados hacen ricos á los letrados.

—Al que mira al suelo no fies tu dinero.

## FATALIDAD.

La fatalidad, por la que un gran número de escritores de la antigüedad (tuvieron una muerte prematura y desgraciada, es sumamente notable. Menandro fué ahogado en el puerto de Pireo, cuando sus facultades intelectuales estaban en su mayor vigor, y mientras su mente formaba planes para la composicion de obras dignas de su elevado génio. Eurípides y Heráclito fueron ambos despedazados por perros. Teócrito pereció á la compresion del dogal. Empédocles fué precipitado en el cráter del volcan Etna. Hesiodo fué asesinado por un falso amigo. Archiloco é Ithico perecieron á manos de ladrones. La célebre Sáfó se precipitó desde lo alto de una roca en Lesbos. Esquilo murió del golpe de una tortuga, que escapada de las garras de un águila, cayó sobre su cabeza. Anacreonte, aunque esto no es extraño, murió de una borrachera. Cratino y Terencio perecieron en un naufragio.

Séneca y Lucano fueron sentenciados á muerte por un tirano, y mientras corría la sangre de sus venas, repetían sus sábias máximas y sus versos elegantes. Lucrecio se quitó la vida en un frenesí de amor desesperado. Sócrates y Demóstenes fueron envenenados; y Ciceron perdió su cabeza de un tajo de espada dada por un oficial de la guardia romana. Es verdaderamente maravilloso que tantos hombres distinguidos por sus talentos, pacíficos por su naturaleza, y la mayor parte de vida retirada, hubiesen tenido una suerte tan diferente de la que podría esperarse en sus circunstancias y costumbres.

La dicha ó desdicha de los hombres, no depende menos de ellos que de la fortuna.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 4.

### Obeja que bala bocado pierde.

Quinta, Relativa y Única en la de Armas, como el 11.